2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: Las reliquias del rey

Autor: Antonio García Méndez

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

LAS RELIQUIAS DEL REY

Antonio García Méndez

Era un día nublado de noviembre, el viento soplaba fuerte y las últimas hojas del otoño rascaban el suelo interrumpiendo el silencio de la calle de la iglesia. Entre las hojas como cada mañana, Claudio, el ayudante del cura de Canyelles avanzaba hacia la iglesia con paso firme haciendo crujir las hojas que no podían esquivar su enorme 47 de pie, para llevar el desayuno y el periódico a Francisco, el cura.

A escasos metros de la puerta se dio cuenta que algo fuera de lo común ocurría, ya que Francisco no solía levantarse hasta que él llegaba y hoy la puerta del templo se vislumbraba entreabierta. Quizás por el fuerte viento pensó Claudio.

Llegó a la altura de la puerta y llamó a Francisco por si se había levantado o tenía alguna dificultad, pero no encontró respuesta. Únicamente el quejido de la puerta chirriando al soplar una ráfaga de viento, nada más.

Con precaución se adentró en la iglesia para dirigirse hacia la habitación del cura, había una ligera niebla en el pasillo de las escaleras mientras subía, como si alguien hubiese estado sacudiendo alfombras en las habitaciones del piso de arriba. Claudio entró en la habitación del cura y para su sorpresa allí no estaba, eso sí, la habitación estaba muy revuelta, la manta y la sabana estaban en el suelo, y la silla con la ropa aun preparada sin habérsela puesto. Claudio empezó a ponerse nervioso.

Mientras estaba viendo el desorden de la habitación escuchó unos pasos muy rápidos, se asomó al pasillo y vio una sombra enorme dirigirse hacia la salida dando un gran portazo.

Rápidamente bajó las escaleras y corrió hacia la puerta para ver quién era, pero al salir ya no vio nada ni a nadie, únicamente el viento arrastrando enérgicamente un montón de hojas calle abajo.

Volvió para dentro sin entender lo que estaba ocurriendo, pero ya se imaginaba que no era nada bueno. Se adentró en la iglesia mientras gritaba el nombre de Francisco, que no respondía a la llamada, el eco del templo retumbaba con cada grito de Claudio pero no encontraba una respuesta. Finalmente tras el altar vio asomar una pierna, se acercó rápidamente y para su asombro era el cuerpo inerte del cura que tenía aún puesto el pijama de franela. Le miró el pulso y no tenia, rápidamente llamó a la policía para avisar de lo ocurrido.

El jefe de policía llegó rápidamente al lugar de los hechos, y más tarde aparecieron la ambulancia y otros agentes en el lugar .Los curiosos que se agolpaban a la entrada del templo, ya se sabe que cuando ocurren cosas en los pueblos se esparce de forma increíble la noticia. Mientras Claudio explicaba al jefe de policía lo ocurrido, uno de los policías que acordonaban el lugar del suceso observó que había un banco tirado y unas baldosas levantadas.

Claudio que lo escuchó, rápidamente se llevó las manos a la cabeza, enseguida empezó a explicar con la cara blanca de pánico al jefe de policía lo que ocurría. Habían robado unas reliquias del rey Juan II que desde hacía siglos tenían escondidas por miedo a que fuesen robadas, ahora entendía lo que había ocurrido. Alguien había atacado a Francisco para robarlas y había salido corriendo cuando el subió arriba aprovechando el momento.

El jefe de policía no daba crédito a lo que estaba escuchando y le exigió a Claudio que le explicase qué reliquias eran y porqué las ocultaban en aquel lugar.

Claudio le explicó al jefe que eran tres cosas guardadas en un cofre bajo llave y que la tenían escondida detrás del Cristo del altar: un medallón que pertenecía a Blanca de Navarra primera mujer de Juan II, un sello de Juan II con las armas de Aragón y Navarra y una caja con varios ducados de oro de Zaragoza de Juan II. Todas estas reliquias se guardan en el castillo de Canyelles desde que en 1478 el rey Juan II se las regalase en señal de agradecimiento al mosén Francí Terré, por aquel entonces caballero de Tarragona y señor del castillo de Canyelles, por alojarlo y darle refugio ya que durante una cacería del rey por la zona del Garraf una gran tormenta le hizo helado de frío refugiarse aquí. Ya por aquel entonces sabía que no le quedaba mucha vida, era un hombre mayor y generoso con sus vasallos según cuentan los historiadores, así que decidió premiar a mosén Francí con estos objetos que portaba encima.

Desde entonces han sido guardados como objetos de gran valor por los sucesores de Francí hasta día de hoy sin abandonar jamás el pueblo y sobreviviendo a robos y guerras. Únicamente unos pocos saben de su existencia y la mantienen en secreto.

El jefe de policía asombrado por lo que estaba escuchando se quitó la gorra, se rascó la cabeza y mirando fijamente a Claudio le dijo que esto le quedaba muy grande y que contactaría con un inspector y detective de su confianza para iniciar la investigación. Avisó a sus muchachos para que acordonasen toda la zona y que nadie pudiese tocar nada de lo que había en la iglesia hasta nueva orden. Le pidió a Claudio que no tocase

nada más tampoco y que al día siguiente le informaría el detective de todo lo necesario para iniciar la investigación.

Al día siguiente, apareció el detective en un coche destartalado, descolorido y que echaba más humo que un tren de vapor. Se bajó del coche a duras penas con ayuda de un bastón, Era un hombre de unos 70 años con una poblada barba de pelo blanco que requería de cuidados y cuerpo de grandes dimensiones, 1'90 y una barriga que colgaba por encima del cinturón desafiando a la gravedad. Miró su reloj de bolsillo de los años 40, hizo un gesto de conformidad y se adentró en la comisaría. Era un viejo amigo del padre del jefe, se saludaron con gran respeto y se dirigieron junto al jefe de policía a casa de Claudio.

Picaron en la puerta del ayudante del cura que raudo abrió la puerta, al ver al jefe de policía y al extraño señor que le acompañaba casi tan alto como él, preguntó si era el detective, el jefe afirmó con la cabeza. Claudio llevaba toda la noche sin poder pegar ojo pensando en lo sucedido el día anterior y asustado. Claudio les invitó a pasar dentro de casa y se dirigieron al salón, se sentaron y les ofreció algo de beber.

–No he pegado ojo desde ayer, aún me tiemblan las piernas cuando pienso en todo lo ocurrido– dijo.
–No son cosas que suelan pasar en el pueblo, es lógico que se sienta mal, le dejo con el detective para que puedan trabajar tranquilamente, cualquier cosa en la que pueda ayudarles ya saben dónde me pueden encontrar– dijo el jefe mientras se dirigía hacia la puerta.
–Bien amigo –dijo el detective–, mi nombre es Alberto García, llevo muchos años investigando robos de artículos antiguos y reliquias de iglesias sobre todo en pueblos de Castilla y casos de asesinatos para hacerse con esos bienes. El jefe me tiene mucho aprecio y confianza y me ha pedido que me acercase a ver si podía ayudar. Me ha puesto al día del suceso y de los artículos sustraídos, pero necesito que me explique usted todo lo que recuerde desde que llegó a la iglesia. Dijo sin interrupción el detective.

En ese momento sonó el timbre de la puerta con bastante insistencia.

–Ya ha llegado– dijo Alberto sin volverse ni siquiera hacia la puerta.
–¿Quién?
–Mi ayudante, verá amigo, yo ya soy muy mayor y algo torpe para andar sólo y en muchas investigaciones fuera de la urbe me acompaña mi ayudante, sin duda mejor que yo, lo lleva en sus genes.

Claudio se levantó y con cierto sigilo se acercó a abrir la puerta. Al abrir la puerta la expresión de la cara le cambió por completo. Era una muchacha de unos 25 años con vestimenta de esta moderna que llevan los jóvenes de hoy día. Pantalones extremadamente apretados, camiseta deportiva de algún equipo de baloncesto de esos americanos bien ancha y una gorra hacia atrás que escondía una larguísima melena suelta. En la nariz un aro metálico y algún que otro tatuaje abstracto en el brazo.

–Señorita, ¿qué desea?– dijo Claudio titubeante.
–Soy Nadine García, detective– dijo con un tono un tanto descarado.

Claudio no sabía que decir, seguía sorprendido, esperaba un joven con gabardina como los detectives de las películas.

–Amigo, no le engañe la apariencia de esta mocosa –dijo desde el sillón de la sala Alberto–. Es sin duda la mejor arma que tenemos para encontrar los objetos de su fallecido amigo.
–Pasa hija por favor –dijo acompañándola hacia el salón junto a Alberto– ¿Srta quiere tomar algo?
–No gracias, vamos a la faena que se me está haciendo tarde y si me entra hambre no podremos hacer nada –dijo el veterano detective–. Bueno, como ve mi ayudante es Nadine, mi nieta, aunque no lo aparenta a simple vista es muy minuciosa y atenta a los detalles, tiene un don para la investigación y me ayuda mucho desde hace años.
–Bueno abuelo, tú ya estas viejo para este trabajo y muy torpe, creo que sin mí no harías gran cosa, no hace falta que me tires tantas flores –dijo Nadine en su mismo tono descarado–. Ponerme al día del suceso.
–A eso íbamos cuando has interrumpido, así que vamos a escuchar al señor Claudio para poder iniciar nuestra investigación, y por favor saca los pies de lasilla que no estás en tu casa–, añadió Alberto mientras encendía una faria.

Claudio que ahora estaba un tanto sorprendido por la escena de su salón con dos detectives que parecían de todo menos eso, se sentó en una silla cerca de Alberto y empezó su relato. Mientras Nadine ya se había levantado y andaba observando las figuritas de santos que tenia Claudio en su viejo armario de salón con los estantes bien llenos de polvo y algunas piezas que parecían miembros de cera de esos que la gente hace como ofrendas, manos brazos pies y algunos dedos, todo un poco macabro y sucio, únicamente un dedo parecía más limpio.

–Pues bien, el viernes como cada día me acerqué a ayudar a Francisco y a llevarle el desayuno a las 7’30, compro el pan, y subo por la calle del Campanar hacia la iglesia. Al llegar a unos metros de la entrada vi como si la puerta estuviese abierta cosa que me extrañó mucho ya que hasta que no llego no se levantaba Francisco, pero como hacía viento pensé que podría ser cosa de que había quedado mal cerrada. Entré a la iglesia con cuidado y subí hacia la habitación, vi que estaba todo un poco revuelto y mientras estaba mirando la habitación escuché abajo unos pasos muy rápidos, salí mirando hacia el pasillo que da a la puerta y únicamente vi una sombra muy rápida salir y dar un gran portazo. Corrí tan rápido como pude para ver quién era pero cuando llegué a la puerta no había rastro de nadie. Volví para adentro asustado buscando a Francisco gritando su nombre pero sin respuesta hasta que vi asomar las piernas detrás de la mesa del altar y bien ya sabe usted lo que viene después.Mientras el jefe y los demás buscaban por la iglesia vieron que habían robado las reliquias que teníamos escondidas de Juan II y ya el jefe contactó con usted para que viniese.

Alberto se llevó la mano a la frente y se quedó en silencio, cerró los ojos y dio una calada profunda a su puro. Nadine se había parado enfrente de una pintura de un rey que tenia apoyada Claudio detrás de una estantería un poco tapada con un trapo y reluciente, la sacó y preguntó.

-Señor, ¿es este el rey Juan II que habéis nombrado?

Claudio asintió con la cabeza.

–Parece muy bueno –prosiguió Nadine–, debe tener un gran valor, y el marco es de una calidad excelente, lo tiene impoluto y reluciente, una obra digna de museo, sí señor. ¿Lo compró usted?

–Fue un regalo del obispo de Barcelona por una misión que hice en Angola, le tengo un aprecio absoluto y especial–, dijo Claudio.

Alberto se incorporó y se puso de pie, empezó a andar por la sala y pregunto:

–¿Vio alguna cosa fuera de su lugar en la iglesia, a parte del cadáver y las baldosas del banco levantadas para sustraer el botín?

Claudio se quedó meditando unos instantes.

–No, la verdad es que no había nada más revuelto, la habitación un poco y abajo únicamente el banco, las baldosas y la mesa quizás de haber forcejeado–, dijo Claudio.
–¿Y quién conocía las reliquias además de usted? El jefe me dijo que había más gente que sabía de su existencia pero no me dijo quien– preguntó Alberto, haciéndole un gesto a Nadine de que apuntase.
–Pues únicamente Fermín el panadero, Natalia la farmacéutica, el vecino de enfrente de la iglesia Leonardo, y el cura de Vilafranca, que yo sepa nadie más.
–Bien, si se le ocurre algo más avise al jefe, por nuestra parte de momento ya tenemos por dónde empezar. Nadine, vámonos.

Se despidieron de Claudio, nieta y abuelo pusieron rumbo hacia el coche con la información que tenían era el momento de empezar a investigar quien había robado las reliquias y cómo, tarea con la poca información de la que disponían un tanto complicada.

–¿Qué te parece abuelo, por dónde deberíamos empezar a buscar?– dijo Nadine mientras se sentaba en el capó del viejo coche de su abuelo.
–Voy a hablar con el jefe, me darán información del fallecido y del resultado forense, tú haz una cosa, acércate a la panadería y a la farmacia a ver si sacas algo de los que conocían el botín robado. Y después iremos a comer–, dijo Alberto frotándose la panza y dando dos golpecitos con la palma abierta.
–Nos vemos en el bar de la plaza cuando acabemos abuelo.

Ambos conocían bien el pueblo ya que Alberto había tenido una casita en una de las urbanizaciones cercanas Y Nadine había veraneado muchos años hasta que debido a la crisis hacía 10 años que tuvo que venderla y se fueron a vivir a Vilanova. Así que mientras se dirigía hacia la panadería Nadine recordaba aquellas mañanas que iba con su abuelo a por el pan al pueblo y jugaba en la explanada de enfrente con sus amigos. Estaba entusiasmada con el caso por volver a pasear por las calles del pueblo y saber de sus gentes.

Rápidamente, tras callejear un poco por las estrechas aceras de las calles del pueblollegó al ayuntamiento, que seguía tal y como lo recordaba y se adentró en la panadería.

–¡Buenos días! –se dirigía hacia la barra– ¿Me pueden poner un café y una magdalena?

–Ahora mismo bonita– dijo la dependienta.

Mientras le preparaban el café, se fijó en el local, era un tanto oscuro,y flotaba una nube blanquecina de la harina que estaban usando para amasar el pan en la parte posterior de los mostradores. Un hombre de avanzada edad, de mediana altura, corpulento y de facciones muy marcadas. No parecía estar muy contento y aporreaba la masa con sus enormes manos sin dar tregua tenía todo el suelo y la ropa llena de harina.

–Aquí tienes, son dos euros– dijo la dependienta sonriendo.
–Muchas gracias, tenga –respondió mientras pagaba–. Soy nueva en el pueblo me llamo Nadine, tienen una panadería muy bonita y tradicional, deben llevar muchos años. ¿Cómo se llaman ustedes?
–Muchas gracias bonita, yo soy Amparo y mi marido es Fermín llevamos desde que teníamos tu edad más o menos, éramos jóvenes– dijo riendo.
–Encantada, pues nos iremos viendo– dijo devolviéndole la sonrisa.

Mientras se tomaba el café entró un hombre que sin saludar se dirigió hacia donde estaba Fermín, hablaba gesticulando mucho pero tan flojo que no les pudo escuchar, parecía molesto por algo con el panadero que únicamente se encogía de hombros como diciendo que no sabía de lo que le hablaba. Después se fue hacia afuera pero antes de salir le pidió el destornillador que hacía días que le había prestado, pero Fermín no dijo nada. El hombre dio un portazo y se fue.

–Y yo que sé dónde he guardado el destornillador de ese pesado, que pides un día un favor y lo pagas un mes–, dijo ahora Fermín dirigiéndose a Amparo.
–Fermín estás perdiendo la memoria, es normal que te lo pida si lo necesita y es suyo, ves pensando donde lo has dejado– dijo la mujer.
–Pues en cualquier sitio, estuve arreglando las sillas que se movían la semana pasada.
–Eres un tacaño, lo que hay que hacer es comprar nuevas, que un día se va a caer alguien y se nos va a caer el pelo.
–A mí no que ya soy calvo de los disgustos que me dais, además ¡con qué dinero piensas comprarlas si estamos a dos velas! Aún no sé ni como pagar las letras de este mes– dijo indignado Fermín de forma muy arrogante mientras seguía aporreando la masa.

Nadine se despidió de Amparo y se dirigió hacia la Farmacia, le sorprendió el cambio que había hecho, muy luminosa y con una fragancia muy agradable al entrar, fresco y limpio como toda farmacia conocida. La habían reformado y parecía todo nuevo.

–Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar?– Dijo la farmacéutica con una voz ronca y un poco seria.
–Hola , quería unas gasas y una pomada para la alergia– dijo Nadine.
–¿Sólo eso? Mira que me hacéis poco gasto la juventud– añadió junto a una carcajada. Voy a buscarlo.

La farmacéutica se fue hacia dentro, parecía que cojeaba un poco, tenía unos andares raros. Se alejó y Nadine se fijó en los diplomas que tenia, igual que toda la farmacia parecían nuevos y relucientes, era como un museo de diplomas.

–Aquí lo tienes niña, son 4,25 euros– dijo guardando en una bolsa la compra.

–Muchas gracias, aquí tiene –dijo Nadine– ¿Hace mucho que han reformado la farmacia? Les ha quedado muy bien, me gusta más que antes, está todo nuevo.

–No te creas que la decoración son cerámicas con muchos años. Lo único que las conservo en muy buen estado, hace unos tres años que hicimos la reforma y maldito el día en el que decidí hacerla… cada día me arrepiento– dijo Natalia.

–¿Y eso? Les ha quedado muy bien, me gusta.

–Sí, pero en el mundo de los adultos las cosas cuestan mucho dinero, me ha costado un ojo de la cara.

–Ni caso niña –añadió una mujer mayor que estaba esperando en la cola–, está forrada y cuanto más tiene más quiere, nos saca la pasta a los pensionistas que da gusto.

–No me caliente señora Loli que no tengo el cuerpo para farolillos, déme sus recetas que le miro lo que le toca hoy.

Nadine se despidió de las dos mujeres y emprendió el camino hacia el punto de quedada con su abuelo, a ver que habría descubierto él en la comisaría. Ella había avanzado bastante por su parte y se iba satisfecha con su trabajo.

Alberto había estado hablando con el jefe de policía que le explicó lo que ellos habían visto durante el registro, pero mucho más de lo que le había explicado ya no le pudo decir, ya que cuando supo de lo que habían robado habían parado por completo el

registro. Lo único que añadió es que la llave de detrás del Cristo sí que la habían visto que estaba allí en su sitio, que subió con un taburete el ayudante después del registro y allí se quedó y le aportó los datos del forense, que eran que el cadáver de Francisco había fallecido por aquella misma noche sobre las 23h aproximadamente había sido envenenado con veneno de larga duración aproximadamente quince horas antes del fallecimiento.

Como fue bastante rápido el encuentro con el jefe de policía, llegó pronto al bar y allí estaba esperando a Nadine para comer e intercambiar información.

–Hola abuelo, ¿cómo te ha ido? –dijo al llegar al bar donde estaba Alberto–. Veo que no me has esperado para pedir.
–A estas edades no estoy para esperar –dijo mientras cortaba un sabroso chuletón de ternera que ocupaba medio plato–. Siéntate, pide y nos ponemos al día, añadió

La joven se sentó para pedir y empezó a explicar lo que había visto de los dos primeros sospechosos y Alberto le comentó por su parte lo que le había dicho el jefe.

–Muy bien, parece que no tenemos mucha cosa de momento– dijo el veterano detective hurgando con un palillo entre los dientes.
–Bueno, quizás tú que estás viejo y cascado no tienes pistas, pero yo creo que algo empiezo a intuir–, dijo Nadine con una pícara sonrisa mientras se rascabala oreja.
–Mejor, así después de ver a todos los sospechosos ponemos puntos en común a ver si coincidimos –dijo con cierta indiferencia–. Ahora nos vamos a ver al vecino Leonardo y después iremos hasta Vilafranca a ver al cura de allí.

Al llegar a la puerta de la casa ambos detectives se miraron extrañados. La puerta estaba abierta, algo no muy normal. La casa era antigua, como muchas del centro del pueblo, casas que llevan mucho sin ser restauradas y con pequeñas grietas que les ha provocado el paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas, casas con un encanto especial para los amantes de lo retro pero que necesitan una mano de obra. Picaron a la puerta y salió un hombre mayor con un bastón de madera que con muchas dificultades podía sostenerse en pie. Era delgado y bajito, con una boina negra que casi abultaba más que él, una camisa que le iba un poco larga y ancha y unos pantalones de vestir un tanto gastados.

–Buenas tardes, ¿qué desean?– dijo el hombrecillo.

–Hola caballero. Mi nombre es Alberto García, soy el detective contratado por la policía para investigar el fallecimiento del señor Francisco y esta es mi ayudante, Nadine, ¿podríamos hacerle unas preguntas?

–¡Ah, sí! Ya me dijeron que andaban ustedes por aquí, pueden preguntar lo que guste jóvenes– dijo con un tono muy campechano.

–¿Podríamos pasar a dentro para hablar?

–En absoluto, lo que quieran preguntarme que sea aquí, tengo la casa hecha un desastre y no me apetece que nadie entre– dijo un poco a la defensiva Leonardo.

–Pues bien, queríamos saber si vio algo extraño o escuchó algo que le llamase la atención el día del suceso. Hemos sabido que han robado ciertas piezas que había en la iglesia y que usted y pocos más sabían de su existencia.

–¿Qué me dice? ¡No puede ser! ¡Mira que lo he dicho veces que eso no podía estar ahí que cualquier día iba a pasar esto!– Empezó a gritar y gesticular enérgicamente.

–Por eso estamos aquí amigo, para encontrar de nuevo las piezas y descubrir al asesino, tranquilícese.

–¡¿Qué me tranquilice?! ¿Usted sabe del valor de esos objetos? No hay más iguales y jamás los vamos a recuperar– seguía lamentándose Leonardo con las manos en la cabeza.

Mientras tanto Nadine se había puesto a mirar unos botes de conserva que tenía en la ventana junto a las plantas el anciano. Le había llamado la atención el color verde oscuro intenso del líquido de uno de ellos muy pequeño. Lo cogió y se puso a mirarlo a trasluz. Tenía como unas bolitas negras dentro de diferentes tamaños que parecían ir deshaciéndose lentamente.

–¡Niña! ¿Qué haces con ese bote? –dijo Leonardo que se dio cuenta que lo había cogido y quitándoselo bruscamente de las manos–. ¡No sabes lo que es esto! Te podría matar, que es una mezcla que hago yo para alejar los bichos de las plantas, que me tienen frito.

–Bueno, bueno, no se altere que sólo miraba –dijo sorprendida la ayudante del detective– ¿Y suele hacer mucha cantidad de esa mezcla? Porque veo otro bote casi vacío aquí al lado.

–A ti que te importa, esta juventud siempre metiéndose en todo y tocándolo todo, si fuesen otros tiempos no te librabas del garrote–, le decía mientras agitaba el bastón apuntando hacia Nadine.

–Bueno, basta ya de perder el tiempo, que nosotros tenemos faena –dijo Alberto muy serio–. ¿Vio usted algo o escucho ese día?
–Pues mire usted, soy una persona mayor y que apenas duerme, me conoce todo el mundo del pueblo, como ve tengo la puerta siempre abierta ya que aquí todos nos conocemos, y ese día vi pasar a Claudio por la calle hacia la iglesia como muchas mañanas, no le saludé porque ya lo había visto la tarde anterior en la farmacia, que fui a por mis pastillas del vértigo y ese granuja se me coló así que me enfadé con él y discutimos, pero Natalia se puso de parte de él, a mí me trata como un apestado igual que a muchos, se cree la reina del pueblo,incluso le hizo pasar para dentro del almacén. Al rato de pasar escuché alboroto, salí a la puerta de casa y vi la policía y ambulancias y toda la gente por aquí enfrente de la iglesia. Poco más le puedo decir.
–Muy bien, con eso de momento tenemos suficiente, si necesitamos algo más le avisaremos o si recuerda algo usted nos avisa a través del jefe– dijo el detective. Vámonos Nadine.

Parecía un tanto huraño aquel anciano y a Nadine no le había sentado nada bien como la había tratado, pero había que seguir adelante y no pararse a discutir, así que no dijo nada y siguió a su abuelo calle abajo dirección al coche.

Se fueron hacia Vilafranca a la iglesia ya que el cura vivía allí para interrogar al último sospechoso, aunque no era del pueblo conocía el botín y por tanto debían ir para allí. Por el camino no cruzaron ninguna palabra, iban meditando toda la información que tenían y cada uno estaba en su mundo, como si trabajasen por separado.

–Bueno, ya hemos llegado Nadine.
–Sí, vamos a ver el último de la lista, a ver si no es tan antipático como el anterior.
–No toques las cosas, mira que te lo he dicho veces, puedes mirar lo que quieras pero no toques sin permiso que te gusta mucho y a veces nos complicalas cosas.
–Y otras nos las soluciona, que sólo me dices lo negativo siempre.

Se acercaron a la puerta de la iglesia y picaron al timbre. Dentro se encendió una tenue luz amarilla que iluminó el gran ventanal de al lado de la puerta. Se abrió el portón y salió un hombre de avanzada edad con apenas pelo en la cabeza pero con un simpático bigote blanco ligeramente curvado de la espalda y una túnica morada hasta los pies.

–Buenas noches, vienen ustedes un poco tarde a la misa– dijo con tono jocoso.

.

–Que cachondo el cura– dijo Nadine mientras Alberto le daba un codazo. Perdone.

–Disculpe, ya sabe como son estas nuevas generaciones…– dijo Alberto. Venimos por el asesinato de Francisco de Canyelles y el robo de ciertos objetos. Somos los detectives que investigamos el suceso, ¿podríamos pasar?

–Sí, claro hijos, pasen por favor, soy Nicolás–, le había cambiado el gesto al cura, siéntense, siéntense, me llegó la noticia el mismo día, una tragedia.

–Así es, durante el robo de ciertos objetos que usted y pocos más conocen han asesinado a Francisco, queríamos saber ¿qué relación tenían y el día del asesinato dónde estaba usted?

–Pues poco les puedo decir, como ven soy muy mayor y apenas salgo de la iglesia, hago vida dentro de casa y hablo con mis feligreses y ayudo a las personas que aquí se acercan como buenamente puedo, tengo jardín, tengo sala y tengo cama, con eso me vale y del exterior poco sé. Aquel día estuve aquí dando misa y haciendo el mantenimiento de velas, ropa, preparando citas para la misa… lo habitual de cada día, mis feligreses se lo pueden corroborar. En cuanto a mi relación con Francisco no era buena, yo estuve en Canyelles muchos años, estaba muy a gusto y conocía a todos los vecinos, todo iba bien hasta que pidió el traslado a allí, estaba mejor visto por nuestros superiores o tenía más padrino y ya sabe, el que tiene padrino se casa. Así que yo me fui y me dieron destino en Vilafranca. Por eso también conozco los objetos del rey Juan II que allí se guardaban. Era muy previsible lo que ha ocurrido, cada vez más gente sabíamos de las reliquias y evidentemente cuanto más gente sabeun secreto menos se puede proteger, ¿no cree?– Dijo apoyando el brazo en el hombro de Alberto.

Mientras hablaban la ayudante ya estaba como de costumbre trasteando los objetos de la sala. Había estado viendo las velas, las cajas de octavillas religiosas y el agua bendita que guardaba en botellas el cura. Le llamó la atención los botes porque se parecían mucho a los de la mezcla de Leonardo para sus plantas que le había arrebatado tan bruscamente.

–Perdone padre –dijo Nadine esta vez muy prudente–. Estos frascos cuando los vacía, ¿qué hace con ellos? He visto unos iguales a Leonardo, vecino de Canyelles.

–Puede ser, los comercio y Leonardo es un viejo amigo de muchos años y alguna vez me ha comprado, ya cuando estaba allí en el pueblo los vendía y era uno de los compradores. ¿Quieres tú alguno? Te los dejo bien de precio, es agua de la Santina de Asturias.

–No, no gracias, a mi este royo no me va, prefiero si tiene el vino –dijo riendo la joven–. Pero sí que me interesa lo que hay en este frasco. Dijo mostrando uno que tenía un contenido de color verdoso con un poso de color negro como arenillas, ¿qué es?

–Pues mire jovencita, es un líquido para ahuyentar los bichos de las plantas, los deja fulminados a los que se acercan, me lo prepara precisamente el señor Leonardo, que entiende mucho de hierbas y animales. Pueden pedirle a él si tienen problemas de insectos, les aseguro que va fenomenal– dijo el cura agitando el bote.

–No dude que le pediremos –dijo Alberto levantándose de la silla–, muchas gracias porla colaboración, si le necesitamos de nuevo nos pondremos en contacto con usted, que tenga buenas noches.

- Espero que tengan un buen viaje y puedan encontrar las reliquias y al asesino, no era mal tipo Francisco a pesar de que me quitase a los feligreses, son cosas del arzobispado– añadió encogiéndose de hombros-.

Los dos detectives se metieron en el coche, ahora ya tenían todas las cartas en la mesa, o por lo menos gran parte de ellas.

–Bueno, ya tenemos por donde empeza –dijo Alberto–, vámonos a dormir que por hoy ya hemos hecho bastante, he alquilado una habitación aquí en un hotel de Vilafranca, descansaremos y mañana iremos a la iglesia a ver el lugar del crimen, a ver si encontramos algo interesante.
–Muy bien abuelo, creo que puede ser entretenido buscar en la iglesia, seguro que hay muchas pistas que se les han pasado a los policías, y seguro que nos han destrozado algunas pistas, esta gente son un desastre, tienen poco tacto para no mover lo que no toca.

El día amaneció lloviendo y con mucho viento, un día frío y muy parecido al día del asesinato. Alberto que solía madrugar mucho pero el cansancio acumulado le impidió madrugar, se levantó a las ocho. Se aseó y con toda la calma del mundo se dirigió hacia la habitación de Nadine. Sabía perfectamente que aún no se habría despertado pues dormía como una autentica marmota. Empezó a aporrear la puerta con contundencia,pero no respondía nadie, así que siguió con más fuerza y gritando el nombre de la nieta tan fuerte que varios huéspedes de las habitaciones del pasillo salieron a llamarle la atención. Por el momento se abrió la puerta.

–¡Pero bueno! Tú estás mal de la cabeza o ¿qué te pasa? –Salió Nadine con el pijama y los pelos alborotados, con una cara de enfadada que daba miedo–, ¿es que te piensas que vivimos en la edad media? ¡Qué tienes un teléfono para avisarme y no molestar a todo cristo, hombre! ¡En veinte minutos nos vemos en la cafetería del hotel!– dijo mientras pegaba un portazo en las narices del abuelo que hizo caer un cuadro de la pared de al lado de la puerta.

El hombre se quedó parado y dio media vuelta ante la mirada atónita de alguno de los clientes del hotel que seguían mirando lo que ocurría, aunque ahora sin decir nada cerraron sus puertas y el pasillo quedó en silencio absoluto. Un trueno interrumpió el silencio mientras el detective se dirigía cabizbajo hacia el ascensor para bajar a la cafetería.

Veinte minutos después apareció en la cafetería puntual, ya con otra cara y más tranquila.

–Te parecerá bonito el número que me has montado en la habitación –dijo el hombre aún mosqueado por el portazo–, no es manera de tratar a tu abuelo.
–¿Y a ti te parece normal aporrear la puerta como un gorila en celo? Que ya sé que tengo que salir para trabajar así que vamos al lío, me tomo un café y salimos.
–Bien, yo ya me he comido cuatro cruasanes con el disgusto, estoy preparado.

Llegaron pronto a la iglesia de Canyelles, no se veía mucho movimiento de gente, pasaron por delante de la puerta de Leonardo que estaba abierta y que ya no tenía los botes de color verde en la ventana, y se adentraron en la iglesia. La puerta estaba abierta, únicamente el cordón policial que se mantenía cruzado delante avisaba a la gente de que no se podía pasar. Una vez dentro empezaron por la habitación de arriba a mirar.

–Bueno, se supone que el asesino subió a por el cura por aquí porque la ropa de cama está en el suelo, como si alguien la hubiese estirado para despertar al dormido, y fíjate en la ropa de la silla, preparada para el día siguiente pero sin tocar– dijo Alberto a su ayudante.
–Sí, pero podría ser que se hubiese levantado a abrir a alguien que picaba porque no se ve señales de fuerza.

–Podría ser la puerta no está forzada… vayamos abajo a ver que vemos –mientras se dirigía a las escaleras–, así aquí abajo podemos hacernos una ideade lo que pudo pasar.
–Fíjate que no hay nada revuelto abuelo, si alguien se resiste golpea cosas para zafarse el agresor y aquí no hay nada movido.
–Sí, la verdad que es muy curioso. Vamos a ver el altar, fíjate que el cuerpo estaba aquí y no hay nada revuelto, todo en su sitio, voy a ver si encuentro la llave que dijo el jefe detrás del Cristo.
–No vas a llegar abuelo por poco aunque te estires, está muy alto, déjame a mí que trepo por la base aunque soy bajita estoy ágil.

Y la joven empezó a apoyarse por las rendijas y subir hasta el Cristo, no era tarea fácil. Al llegar a los pies vio que había un espacio con una pequeña caja, la cogió y se bajó de un salto. Pero al abrirla se sorprendieron, estaba vacía, cuando el jefe les había dicho que sí que estaba allí. Alguien se les había adelantado y había vuelto a entrar para llevarse la llave, posiblemente para poder abrir la caja que contenía las reliquias sin estropearlas.

–Tenemos que espabilar, esas reliquias aún deben estar en el pueblo si han venido hace poco a por la llave seguramente y fíjate que aquí han roto dos falanges del pie pero no todo al subirse seguramente –dijo Alberto observando la figura– vamos a dar una vuelta por el pueblo.
–Sí, seguramente no haya salido del pueblo el asesino para mantener su coartada, pero si el jefe dijo que la llave estaba eso ha sido hace muy poco, y fíjate aquí al lado del banco que movieron, hay un polvo blanquecino y se ven pisadas como pegajosas abuelo.
–Esto es harina –dijo Alberto tocando el producto y oliéndolo– y la pisada está pegajosa, es reciente.
–Vamos a ver a los sospechosos de nuevo, a ver si podemos descartar alguno o sacar alguna pista más clara.

Al salir de nuevo cerraron el portón de la iglesia y dejaron el cordón policial bien colocado, no querían más intrusiones en la investigación. Cuando empezaron a bajar por la calle un grito les alertó.

–¡Don Alberto! ¡Don Alberto!

El detective y su ayudante se giraron, desde la puerta de su casa a lo lejos Leonardo les hacía gestos con los brazos y les llamaba. Rápidamente se volvieron para atrás a ver que ocurría.

–Dígame Leonardo, ¿qué desea?, ¿qué ocurre?
–Esta madrugada, en una de mis incontables escapadas a orinar, pues padezcode la próstata, he visto por la ventana a un hombre pasar caminando muy ligero y se ha metido dentro de la iglesia. Soy mayor y no veo bien de noche, pero he decidido acercarme a la ventana grande que da a la calle, he tenido que apartar mis botes para poder ver sin que me viesen y he esperado a que saliese –dijo Leonardo- después de un buen rato, ha vuelto a salir más tranquilo y portaba en su mano algo que brillaba con el reflejo de la farola ,metálico, pero no he alcanzado a ver que era.

–¡Vaya hombre, qué mala pata!– dijo Nadine.
–Esperen, esperen –prosiguió el anciano–, no he visto lo que portaba, pero les puedo decir que llevaba unas botas muy sucias pantalón gris de cuadros y muy sucio también como de polvo y una chaqueta color granate, iba muy tapado así que no les puedo decir más– finalizó encogiéndose de hombros.
–Muchas gracias señor Leonardo –dijo Alberto– vamos a ver si averiguamos algo por el pueblo, muchas gracias.
–A mandar detective, lo que necesiten aquí estoy.

Esta vez pudieron hablar con Leonardo más cerca de la puerta y Nadine se fijó en el interior de la casa del anciano, se veía todo muy revuelto y con muchos trastos amontonados y mal puestos, salía un olor un tanto nauseabundo que el día anterior no habían notado. Pero no dijeron nada y retomaron su camino hacia el centro del pueblo.

–Creo que deberíamos ir a ver a Claudio, a Natalia y a Fermín de nuevo abuelo, pero a mí ya me conocen, así que por separado mejor para que no nos relacionen si no es necesario, entraré yo primero y después entras tu a preguntar, ¿qué te parece abuelo?
–Muy bien, iremos primero a la farmacia después a la panadería y acabaremos con Claudio que podemos ir los dos juntos a éste último.

Al llegar a la farmacia primero entró Nadine.

–¡Buenos días!–dijo la chica.
–Hola –respondió Natalia– ¿cómo te va jovencita? ¿Qué necesitas hoy?

–Mira estoy un poco mareada, no sé si me ha bajado la tensión, ¿me la podrían mirar?
–Claro que sí –refunfuñó la farmacéutica– desde que lo hago gratuito no me sale a cuenta– prosiguió mientras entraba a coger el instrumental.

Cuando volvía entró Alberto:

–¡Buenos días!
–¡Buenos días!, ¿no vendrá usted también a que le mire la tensión? –dijo mientras colocaba en el brazo de Nadine la cinta de medir la presión– Tú estate un poco aquí sentada y ahora miramos como estás. ¿Qué desea caballero?
–Pues verá soy el detective que lleva el caso del asesinato de Francisco, Alberto García, ¿podría hacerle unas preguntas?
–Un momento que tomo la tensión a la chica y ahora hablamos, pero rápido que tengo mucha faena –dijo mientras empezaba a mirar a la chica–. Estás bien bonita, 7-12, a lo mejor es que no has desayunado bien espérate aquí un poco siquieres.
–Muchas gracias, es que estoy un poco mareada, a ver si se me pasa un poco– respondió Nadine.
–Bien caballero pase dentro por favor–, dijo girando el cartel de vuelvo en cinco minutos que tenía en la puerta de entrada.

Pasaron a un salón interior amplísimo, parecía una autentica pinacoteca, brillante reluciente y con muchísimos cuadros que parecían de buenos artistas, unas sillas de diseño que ya les gustaría a muchos locales y restaurantes y unos estantes con todo tipo de productos naturales y artificiales para las fórmulas de los clientes.

–Vaya local tiene señora –dijo Alberto asombrado– ,le gusta a usted la pintura veo, tiene muchos cuadros preciosos.
–Sí, la verdad que la pintura es mi pasión y compro y vendo algunas obras de vez en cuando en subastas que organizan unas amistades. También algunos objetos de decoración como sillas o jarrones como los que ve, los uso un tiempo y luego lo cambio.
–Muy interesante, si necesito algo ya sé a dónde dirigirme aunque a mí me gusta aquella caja metálica que tiene un tanto vieja detrás de la silla –le dijo mientras soltaba una gran carcajada–, pero bueno, vamos a lo que nos atañe.
–Sí, no le veo a usted muy amante del arte ni de la decoración, aquello es para tirar, una vieja caja de metal sin valor –dijo mirando al peculiar detective–, si la quiere es suya.

–No, no gracias, tenemos faena, pues me gustaría saber que sabe usted de Francisco, que relación tenían y dónde ha estado desde las 20h de ayer hasta ahora, necesito esos datos para avanzar en mi investigación
–Pues mire, al padre Francisco le conozco del pueblo de ir a las misas de los festivos, la relación con él es escasa, ya que no viene a la farmacia ya que le hacían los encargos y no solía salir mucho de la iglesia debido a que era mayor, no coincidíamos a menudo. Respecto a mí, ayer estuve en casa, después de plegar fui a cenar al restaurante de la plaza con mi familia que justo nos pilló el chaparrón a las 00 llegando a la puerta y para casa a dormir hasta las siete para abrir la farmacia a las ocho.

–Bien lo comprobaremos, pero hoy no quiero que salga del pueblo, ¿me entiende?– dijo el detective en un tono serio.
–No lo entiendo, pero bien no tengo nada que hacer fuera. Voy a abrirle a la chica aquella que la pobre pensará que la hemos secuestrado.
–Aprovecho para salir yo también, recuerde que no debe salir del pueblo.

El detective y la farmacéutica se dirigieron hacia fuera para abrir a la chica y salieron los dos a la calle, Alberto explicó lo que habían hablado y lo que había estado observando, Nadine desde fuera le dijo que también había escuchado todo y se dirigieron hacia la panadería para proseguir. Al llegar la estrategia fue la misma, primero entró Nadine que saludó a Amparo y se puso en la barra pidiendo un café con una pasta y al poco entró Alberto.

–Buenos días –dijo el detective– ¿Qué puedo hablar con Fermín?
–Buenos días –dijo Amparo un poco extrañada–, ¿de parte de quién?
–Alberto García , detective.
–¡Fermíííínn! ¡Sal, que te buscan!– gritó la mujer hacia el interior del local.
–Voy –se escuchó una voz mientras se acercaba– ¿Quién me reclama?

El hombre se asomó y a Nadine se le cayó el sobre de azúcar de la sorpresa y Alberto se quedó perplejo. No podía ser, Fermín salió con un pantalón a cuadros y los zapatos sucios y llenos de masa con una chaqueta granate en la mano para salir a fuera de la panadería. No podía ser, coincidía con la descripción de Leonardo perfectamente.

–Buenos días, soy Alberto, detective –dijo con cara de asombro el detective–, vengo a hacerle algunas preguntas sobre Francisco, el cura.
–Bien, vayamos a fuera por favor– dijo cambiando el gesto de la cara y poniéndose la chaqueta.

Tras sus pasos se iba quedando una huella de pasta pegajosa y polvillo de la harina. Nadine se fijó en ese detalle, estaba sorprendida.

–Usted dirá– dijo Fermín.
–Pues bien estamos investigando el fallecimiento de Francisco y quería saber qué relación tenia usted con él y dónde ha estado esta noche hasta el amanecer.
–Con Francisco apenas tenía relación, siempre venia su ayudante a comprar y apenas lo veía en algún evento del pueblo o alguna misa, era un hombre que se le veía poco en el pueblo, hacía vida en su iglesia. Era un buen hombre dedicado a su faena. Una lástima lo que ha ocurrido. En cuanto a mi pues ayer acabé a las siete de la tarde y me fui a casa hecho polvo de trabajar y para madrugar hoy, como ve llevo una vida de perro, sólo trabajar. A las cuatro ya estoy haciendo la masa y como puede ver a estas horas aún sigo horneando y amasando… así que no mucho más le puedo decir.

–Así que hoy ha salido de casa de madrugada y directamente ha venido a la panadería a trabajar, sin pasar por ningún sitio–, dijo frotándose la barba el detective.
–Así es amigo, y si me lo permite y no necesita nada más vuelvo a la faena que ya me ha dado un poco el aire– dijo un tanto brusco el panadero.
–Bien, bien, vaya. Sólo una cosa más. Hoy no salga del pueblo, quizás necesite volver a avisarle– dijo para finalizar.

El panadero hizo un gesto de conformidad con los brazos y se metió para dentro, cuando Nadine ya salía también. Así que nieta y abuelo se dirigieron hacia la casa de Claudio para ver qué novedades tenia éste y explicarle como avanzaba la investigación.

–¿Has visto el panadero abuelo? –dijo estirando del brazo a Alberto– Es el tipo que vio Leonardo salir de la iglesia, es la descripción exacta.
–No te precipites jovencita a veces se pasan detalles, pero cierto es que toda la vestimenta encaja– dijo amasándose la barba.

Llegaron a la casa de Claudio y picaron a la puerta. Pronto abrió Claudio y les invitó a pasar de nuevo al salón. Nadine tropezó con las botas de Claudio que estaban mojadas y se manchó los calcetines, pero no se quejó apenas y siguió el camino hacia la sala.

–¿Cómo están detectives, han avanzado la investigación?

–Así es, vamos teniendo buenas pistas– dijo Alberto serio.
–Hay aún muchas pistas que nos tienen desconcertados, pero pronto ataremos cabos y verá que damos con el ladrón y asesino– dijo Nadine de nuevo paseándose por el salón.
–Eso espero, estoy en un sin vivir, sigo sin dormir y me despierto aterrorizado por las noches.
–Bueno amigo eso es normal, no es una situación que se suela vivir a menudo encontrar un cadáver, y si es conocido causa mayor impacto– dijo el detective.
.
–Díganos Claudio, ¿qué hizo ayer por la noche hasta la madrugada?– dijo Nadine desde el fondo del salón.
–Pues lo de cada día, hacer la cena, limpiar la casa e intentar dormir. Y nada más, me gustaría poder ayudarles pero no tengo nada de nuevo.
–No se preocupe Claudio, estamos trabajando para dar con el asesino y las reliquias, pronto lo tendremos.
–Bueno, si no desean, nada más les acompaño a la salida.
–Perdone, ¿qué podría ir al servicio antes? –dijo Nadine dando saltitos– no me aguanto…
–Claro que sí, le esperaremos aquí en la entrada, no tarde, es subiendo la escalera a la derecha– dijo Claudio señalando las escaleras.
–Muchas gracias, enseguida vengo.

Evidentemente la intención de la joven era buscar por la casa del ayudante, miró la habitación rápida y vio un gran desorden, ropa, y trastos de todo tipo viejos como sillas rotas cajas de cartón y tablas de mesa, en el lavabo vio un poco más de orden pero básicamente porque no tenía muchas cosas, ya cuando bajaba se fijó en una puertecita de un pequeño armario de pasillo y abrió, apenas la fregona el cubo, la escoba y unos trapos, le sorprendió ver el cuadro de la anterior vez entre los trapos mal cubierto y unas copas de misa viejas tiradas en un rincón, nada más. Cerró y se fue para abajo. Allí estaba su abuelo y el ayudante esperando.

–Si qué tenías ganas hija. Dijo Claudio.
–Un poco sí, voy estreñida y a veces me cuesta, muchas gracias.

Se despidieron de Claudio y emprendieron camino al coche. Nadine se sentó en su asiento con una gran sonrisa en la cara, su abuelo la miró y vio su expresión de felicidad y le dijo:

–Me parece pequeña que ya has descifrado el caso –dijo Alberto devolviéndole la sonrisa– conozco esa cara desde que tenías tres años, cuando tienes algo claro se te ilumina el rostro.
–Creo que sí abuelo –dijo la nieta– pero pongamos en común nuestras ideas, ¿que tal si vamos a comer y nos ponemos a compartir información?
–Me parece fantástico, veamos que tienes.

Bajaron al paseo de la playa de Vilanova, y entraron a un restaurante donde iban cuando la chica era una niña, y que visitaban muy a menudo. Todo seguía igual, ladecoración marinera y las mesas abarrotadas de familias que disfrutaban de una comida en familia. Se sentaron a pedir y compartieron la información que tenían, los dos estaban bastante de acuerdo en muchas cosas pero faltaban pequeños detalles para pulir.

Después de tres horas intercambiando y contrastando información llegaron a un punto en común, tenían la solución, o ellos creían eso. Pero bueno faltaba citar a los sospechosos para revelar al asesino y encontrar las reliquias.

–Los citaremos en la farmacia, que tiene una sala bien amplia donde podremos estar a gusto –dijo Alberto– voy a llamar al jefe para citarlos a todos y vamos para allí.
–Me parece bien, que sorpresa se llevarán cuando nos vean juntos.
–Seguro que sí, hemos hecho un buen trabajo.
–Falta ver si lo hemos cerrado bien, espero que no nos hayamos equivocado.

Todos los sospechosos fueron citados a las 19 horas en la farmacia. Acudieron todos menos el cura de Vilafranca, ya que lo habían descartado por edad y distancia, además ninguna pista apuntaba a él.

Puntuales, la nieta y el abuelo llegaron a la farmacia, allí sentados estaban todos, pero en silencio, se podía oír la respiración de los presentes incluso.

–¿Y esta niña que hace aquí?– dijo Fermín con tono brusco mirando a Nadine-.
–Esta es mi ayudante, y también mi nieta –dijo Alberto- ha sido pieza clave de la investigación como podéis entender ahora algunos.

Se sentaron en la mesa junto a los demás y Alberto continuó.

–Después de varios días de investigación y hablando con todos ustedes hemos llegado a una conclusión. Entre nosotros está la respuesta de este caso.

–Venga amigo no se demore y vaya al grano– dijo Leonardo.
–Leonardo, usted tiene unos frascos que contienen un veneno muy potente, que dice que usa para ahuyentar bichos… y que para los humanos también es tóxico y letal al momento. Sospechoso cuando Francisco murió intoxicado, ¿no cree?– dijo frotándose la barba.
–Yo no he sido carajo, uso la mezcla para mis plantas– dijo indignado.
–Tranquilo amigo, déjeme continuar –lo paró Alberto– sin embargo, está muy mayor para cargar con peso de Francisco de su habitación hasta abajo y efectivamente el análisis forense determina que el veneno fue de lento efecto,así que queda descartado. Pero aun así usted vio a alguien la noche de ayer.
–Así es –prosiguió Nadine– usted vio a Fermín salir de la iglesia, ¿o no es así Fermín? Usted dijo que salió de casa al trabajo directamente, pero, ¿no es así verdad?
–Cierto, fui a la iglesia.
–Y ¿por qué no nos lo dijo y para qué fue? Sabemos que tiene deudas– dijo Alberto.
–Me acordé que el padre Francisco me dijo si le podía ayudar a apretar los tornillos de un banco que andaba cojo y me lo había dejado debajo del listón, tenía que recuperarlo para devolvérselo a su propietario ya que era prestado, pero no se puede entrar a la iglesia porque está acordonada y es delito por eso no quería que lo supieran –dijo cabizbajo-. Pero yo no he sido, jamás haría una cosa de este tipo.
–Lo sabemos –dijo Nadine–, tiene suerte que el día que le vinieron a reclamar yo estaba allí y sé que es cierto, además nos encajan más con otra persona las sospechas.
–Claudio –prosiguió Alberto–. Usted fue el primero en llegar y ver la escena, siempre cuidó de Francisco, pero nos ha mentido, ayer fue a la iglesia a por la llave del cofre.
–¡Miente! Yo no fui– dijo con voz temblorosa Claudio.
–Sólo una persona alta y que supiese donde estaba la llave podría cogerla, y fue usted –dijo Nadine acercándose al ayudante del cura y sentándose en la mesa delante de él– ¿Cómo sino explica las botas con las que tropecé mojadas si no salió de casa…? Además todas sus figuritas están llenas de polvo menos un dedo de pie, vaya casualidad que al Cristo alguien le rompió dos dedos al subir a por la llave… alguien alto y pesado que se apoyó más de la cuenta…

–Yo no he matado a Francisco –se defendía el ayudante mientras los demás callaban y escuchaban atentamente– no tienen pruebas de ello, decía temblando.
–¿Y del cuadro de Juan II que me dice Claudio? –Preguntó Alberto–. Usted no tiene dinero para comprar un cuadro de ese nivel y además lo tenía muy limpio y guardado cuando su casa está sucia y desordenada…
–¡No sé de qué cuadro me hablan, yo no he hecho nada!– seguía diciendo entre temblores y sudores cada vez más intensos.
–Nada, nada… ya veremos– dijo Nadine.
–Natalia, ¡usted es la asesina! –dijo Alberto dirigiéndose a la farmacéutica–. Usted nos esconde algo, tiene una deuda muy grande y necesita dinero urgente. Comercia con objetos y tiene compradores que pueden pagar grandes cantidades en efectivo, ¿quién sino iba a poder vender tales efectos personales de un rey?
–Yo no he sido –dijo descarada la mujer– no ve que no podría cargar con un cuerpo con el peso de Francisco…? Además que yo ni sé dónde está la llave ni me subiría a un santo ni un Cristo, ¡no digan tonterías por favor! Dijo irritada.
–Así es –dijo Nadine– usted no podría, tiene razón, pero sí que podría contratar a alguien para hacerle el trabajo sucio– dijo sonriendo hacia Natalia. Usted contrató a Claudio para que le hiciera el trabajo sucio. Tiene un laboratorio con productos tóxicos que en las dosis adecuadas y con el conocimiento correspondiente pueden ser letales, preparó la mezcla y se la dio a Claudio para que envenenara a Francisco, dándole tiempo para una coartada, y lo llevase y dejase colocado en el lugar del fallecimiento que es donde lo encontramos. Claudio es alto y fuerte así que pudo mover a Francisco y dejarlo preparado. Usted fue a supervisar que la faena estaba correcta por la mañana y entró antes que Claudio que no sabía que usted iba a estar allí, así que cuando le pilló dentro no quiso ser descubierta y aprovechó el momento que Claudio subía para salir corriendo, sin ser vista. Pero se olvidaron entre tanto nerviosismo que el cofre tiene llave y tuvo que volver Claudio el otro día para conseguir la llave.
–¡Eso es mentira! Yo jamás pagaría a nadie por hacer eso!– dijo Natalia en un tono muy violento.
–Correcto –prosiguió Nadine– por eso decidió entregar a Claudio uno de sus valiosos cuadros, que tenía en su salón el día que lo visitamos medio escondido, no encajaba en la decoración de Claudio y además estaba como

todos sus cuadros impecable y brillante. Así nadie sospecharía de ver con dinero a Claudio.

–Y si todo lo que dicen ustedes es cierto, ¿dónde se supone que tengo las reliquias?– dijo Natalia.

–Aquí mismo –dijo Alberto levantando el mantel que arrastraba la mesa y señalando la vieja caja de metal que le ofrecía el día anterior–. Usted sabía que yo no me iba a llevar esa vieja caja y me la ofreció, pero Claramente esa caja tiene muchísimos años y una cerradura muy bien protegida, ¿cómo una señora con cosas tan elegantes podía tener aquel trasto allí? Eso me hizo sospechar, pero juntando todas las piezas ahora cuadra perfectamente, jefe por favor abran la caja.

El jefe de policía abrió la caja y efectivamente allí estaban las reliquias guardadas de Juan II brillantes y perfectamente colocadas.

Los dos asesinos no ofrecieron resistencia y se entregaron, era evidente que habían sido localizados y no se atrevieron a desmentir las palabras de los detectives. Los otros sospechosos les recriminaron la actitud y el poco honor y lealtad a las reliquias del pueblo y acordaron donarlas al Museo Nacional de Arte para que pudiesen ser expuestas y estar protegidas, así podrían vivir más tranquilos sin la necesidad de guardar el secreto ni tener más sustos.

El jefe de policía dio las gracias por el excelente trabajo a los detectives y se marcharon del pueblo con la tranquilidad del trabajo bien hecho.

–Bueno Nadine creo que ha llegado el momento de echarme a un lado y dejarte seguir el camino a ti sola, seguro que serás la mejor como lo fue tu abuelo de joven, tienes un don hija aprovéchalo –dijo Alberto rascándose la barriga– vamos a comer algo que estoy muerto de hambre.

–Abuelo sin tu ayuda no será tan fácil, pero he aprendido tanto de ti estos años que me veo preparada y con ganas para ser la mejor detective jamás vista en el gremio.

Abuelo y nieta se fundieron en un abrazo y se montaron al viejo coche amarillo para hacer su último viaje de detectives, la vuelta a casa tras el deber cumplido.

Y a lo largo de los años en el pueblo recordaron aquella pareja de detectives tan curiosa que resolvió un misterio de esos que muchas veces quedan sin resolver y que caen en el olvido con el paso del tiempo. .

Ajuntament de Canyelles